

DOMINGO XVI, SANTUARIO DE BELLAVISTA.

Todos los procesos vitales, las experiencias humanas que están en permanente desarrollo, las tensiones y confrontaciones en todas sus dimensiones (personales, familiares, sociales políticas, religiosas), desde lo que ocurre en la intimidad del corazón hasta en los espacios públicos y relacionales, se dan en un claroscuro de acierto y error, de posibilidades y límites, de certezas e incertidumbres.

Pertenece a nuestra humana condición esta tensión, basta mirar a nuestro alrededor:

El organismo humano fortalece su sistema inmunológico también al contacto con los factores que lo debilitan, la pandemia es un ejemplo: junto al dolor por las pérdidas humanas, los riesgos para todos y las consecuencias económicas, es en el mismo virus donde encontraremos respuestas para fortalecer nuestro organismo, las posibles vacunas y las políticas públicas adecuadas.

La sociedad se fortalece cuando en la reflexión y en la búsqueda de soluciones, asumimos también sus vacíos y heridas. Lo que vivimos en Chile es un claro ejemplo: estamos asumiendo un profundo desafío social, político y económico, para los cuales tenemos necesariamente que reconocer nuestras fracturas, fisuras, carencias y contradicciones. Es la única forma de responder a nuestros desafíos desde un país real y no ideal, parcial o imaginado.

La historia se enriquece cuando asumimos sus sombras y vacíos, y esto que se da a nivel mundial (pensemos en el Movimiento Me Too y toda la conciencia acerca del valor y dignidad de la mujer que ha despertado, o como la brutal muerte de George Floyd movilizó al mundo frente al drama del racismo y la discriminación), también lo estamos viviendo hoy como familia de Schoenstatt tratando de conocer, comprender, integrar y asumir toda nuestra historia, no sólo con su riqueza, sino también con su complejidad y en su claroscuro.

La tentación frente a la novedad histórica, sobre todo cuando nos pilla de sorpresa y sin previo aviso será, por un lado, el revisionismo histórico que busque juzgar sólo con criterios de actualidad los hechos pasados, o bien, el negacionismo histórico, que desconoce dimensiones del pasado, especialmente sus sombras. El desafío no son los extremos, sino más bien poner en diálogo y mutua complementación los contextos históricos diferentes y descubrir en ese claroscuro, una posibilidad de comprensión más objetiva y completa y, para nosotros hombres y mujeres de fe, una comprensión providencialista de nuestra historia.

No olvidemos que para nuestra espiritualidad la historia es un eje fundamental, porque nuestra espiritualidad es “de Alianza”, lo que supone un diálogo permanente entre el Dios de la Vida y la vida concreta e histórica.

Este es el escenario que nos muestra Jesús en el Evangelio de hoy: asumir ese claroscuro, esa tensión, es asumir que el trigo y la cizaña crecen juntos; que necesitamos permitir que convivan fortalezas y debilidades, aciertos y errores, luces y sombras, gracia y pecado, porque en esa tensión y confrontación está la posibilidad del crecimiento, de la madurez, de la profundidad y de la fecundidad.

Sin embargo, el transitar en un punto intermedio nos cuesta, qué ganas de arrancar la cizaña que tiene muchos rostros: prejuicios, sospechas, culpas, negación, defensas, ofensas. Pero Jesús afirma que deben crecer juntos el trigo y la cizaña.

Esta espera al tiempo de la cosecha es esencial, sobre todo porque ante el claroscuro nos traiciona la ansiedad, la inseguridad, el deseo de control, el querer pasar rápido del trance, la demonización de lo incierto, la nueva verdad, incluso nuestro ego, que busca un protagonismo de péndulo o bien la invisibilidad para no ser cuestionado.

Esperar, saber esperar, sin tener tantas certezas, sólo la certeza de estar recorriendo un camino que nos hará más plenos y libres, y que ese camino no lo recorreremos solos, sino que Dios conduce y acompaña la historia. Siendo Él, muchas veces, la única certeza en medio de la incertidumbre.

Por eso no es casual que, al archivo del Santo Oficio que dio lugar a este claroscuro, no tendremos acceso, sino hasta septiembre, cuando termine el período estival de cierre de las dependencias vaticanas. Tampoco es casual que el estudio más acabado y completo, al que alude la historiadora Von Taufenbach, recién dará a luz en un par de meses.

Esperar, saber y aprender a esperar.

Será un tiempo para vivir este claroscuro con más preguntas que respuestas y en el que el desborde de información, inquietudes, entrevistas, ansiedades, confrontaciones, diálogos, lecturas, testimonios... irá decantando para dar paso a la reflexión sosegada e integradora.

El desafío es la espera, porque como nos pasa en la vida con sus luces y sombras, quisiéramos que todo se resolviera en un touch, con la viralización de una opinión personal que consideramos “la solución” (el peligro del mesianismo siempre está latente) o una carta Gantt, donde todo esté predeterminado, desde los pasos a seguir hasta los resultados.

Saber esperar, con dos certezas mínimas, que serán de gran ayuda en este tiempo para que no nos gane ni la ansiedad ni el desánimo:

Todos, sin excepción, estamos recorriendo este camino de asumir nuestra historia con sus luces y sombras. Nadie tiene todas las respuestas ni nadie tiene toda la información ni una mirada completa y sistemática de los acontecimientos. Todos estamos haciendo este proceso.

Y todos, sin excepción, nos estamos abriendo a una renovada comprensión de la historia, el carisma y de nuestro Padre Fundador. Porque todos tenemos la oportunidad, a partir de una circunstancia imprevista y desconcertante, de renovarnos. La conversión sigue siendo el eco más hondo y actual de nuestra coronación: una conversión personal y comunitaria.

¿Cómo recorrer este tiempo cuando humanamente nos cuesta la espera?

Las lecturas nos vuelven a iluminar, sugiriéndonos tres actitudes:

1. La Serenidad. Necesitamos la serenidad para preguntar, para escuchar, para dialogar, incluso para guardar silencio cuando es necesario. Una serenidad que

no es pasividad, sino la necesaria calma para que la vida decante, porque estamos mirando nuestra historia desde un ángulo nuevo y complejo, lo que no supone negar todas las otras dimensiones, sino una nueva integración y una nueva profundidad confrontadas.

2. Indulgencia. El primer impulso ante el desconcierto y la sorpresa desagradables es culpar, es mirar desde la estrechez del dolor, la desilusión o el juicio. Indulgencia con todos los protagonistas de esta historia, sin demonizar ni espiritualizar ni justificar, sino dialogar para distinguir, integrar y comprender el claroscuro de la vida y la historia.

Estas dos actitudes son descritas en el libro de la sabiduría, tan necesaria en estos días para discernir y conducir tanta vida en tensión.

3. Y San Pablo, que en su humanidad nos recuerda que ningún proceso es posible sin la imploración y la asistencia del Espíritu Santo. Somos débiles y no nos cuesta nada quedarnos en criterios puramente humanos, subjetivos y circunstanciales. El Espíritu Santo nos enseña a esperar para meditar, para unir, para integrar, para iluminar no sólo los pasos a seguir, sino la historia que necesitamos conocer más hondamente para integrarla con sentido salvífico y no sólo para saciar nuestra curiosidad o tranquilizar nuestras conciencias.

Que María, Mujer de la dulce espera, no enseñe a transitar por este claroscuro previo a la cosecha, con esperanza y abiertos a la conducción de Dios, en verdad y en caridad.

p. Juan Pablo Rovegno

Domingo 19 de julio de 2020